

COLÓN EN PAPEL, PIEDRA Y PASTEL

COLÓN EN PIEDRA (II)

Manuel MAESTRO
Presidente de la Fundación Letras del Mar

*A Castilla y a León
Nuevo Mundo dio Colón*

(Leyenda de su escudo).

Advertencia preliminar.—*(Se trata del segundo de tres capítulos a lo largo de los cuales se pretende analizar la huella directa e indirecta que ha quedado del Almirante en escritos, obras de arte, lugares o edificios, tanto que tuvieran relación directa con él como realizados en su honor).*



I el principal enigma que se cierne sobre Colón radica en su origen, otro también importante gira alrededor del lugar donde se encuentran sus restos. Dos son los vestigios en piedra que disputan ser la última morada del Almirante: uno la tumba existente en la catedral de Sevilla; el otro, el gran faro levantado en Santo Domingo en 1992: en ambas existe un cofre con la inscripción «Cristóbal Colón». La disputa se inició en 1877, cuando en el curso de unas obras realizadas en la catedral dominicana apareció una de estas urnas.

Tras fallecer el Descubridor en Valladolid, el 20 de mayo de 1506, sus restos fueron depositados en el convento de San Francisco de dicha capital. Tres años después su cadáver fue trasladado a la sevillana Cartuja de Santa María de las Cuevas, donde permaneció hasta 1537, año en que, por deseo del finado, la familia decidió enviarlo a la isla de La Española, en cuya catedral fue albergado. Pero en 1795, al ceder España parte de la isla a los franceses, los restos fueron enviados a La Habana, ciudad en

TEMAS GENERALES



La Torre del Oro junto al Guadalquivir (Sevilla).



Catedral de Sevilla.

la que descansaron hasta 1889, cuando al tomar carácter la independencia de las últimas colonias realizó su postrer viaje de retorno al Viejo Mundo, para descansar definitivamente en la catedral hispalense, lo que parece adverado por recientes análisis del ADN, si bien se mantiene la incógnita de si son parte o la totalidad de los mismos.

Navegante que hizo camino al andar

La frase «Siete ciudades se disputan el honor de ser su cuna» está marcada en el

frontispicio de los tópicos, que bien podían multiplicar este número por siete. En España abundan las supuestas patrias que nos le presentan como gallego, extremeño, catalán o mallorquín. También los portugueses arriman el ascua a su sardina: si bien no se les puede negar la cumplida huella que Colón dejó en el vecino país, tanto por la nacionalidad de su consorte Felipa Moniz de Perestrelo, madre de su hijo Diego, como por sus largas estancias en Madeira y Lisboa, antes y después del Descubrimiento. Pero es Italia quien se lleva la palma al reivindicar su lugar de nacimiento: Savona, Bugiasco, Finale y hasta una docena de localidades reclaman tal honor; si bien cada vez quedan menos dudas de que fuese Génova su cuna: aunque tan sólo en un documento el Almirante se titula a sí mismo genovés. Curiosamente, Colón nunca tuvo nostalgia en la borda de sus carabelas, o ternuras filiales para bautizar o, simplemente, referirse a una isla o una bahía en recuerdo de uno de los lugares que le vieran nacer o crecer.

Donde sí quedaron miles de huellas de su paso es en los caminos españoles que recorrió, primero, durante siete años tras la Corte, en pos de conseguir una entrevista con los Reyes que le permitiera emprender su anhelado viaje, y más tarde para dar cuenta de los mismos y preparar el siguiente. El primer rincón que visitó fue la costa onubense, donde llegó con su hijo Diego procedente de Portugal. En La Rábida recibió el calor y



Huelva.



Muerte de Colón.

apoyo de sus frailes, como fray Juan Pérez y fray Antonio de Marchena, y en Palos y Moguer hizo amistades duraderas, que contribuirían decisivamente en la empresa descubridora, como los hermanos Pinzón, los Niño, los Yáñez y la de tantos que le acompañarían a rezar a la iglesia de San Jorge o a tomar agua a la fontanilla antes de levar anclas por primera vez.

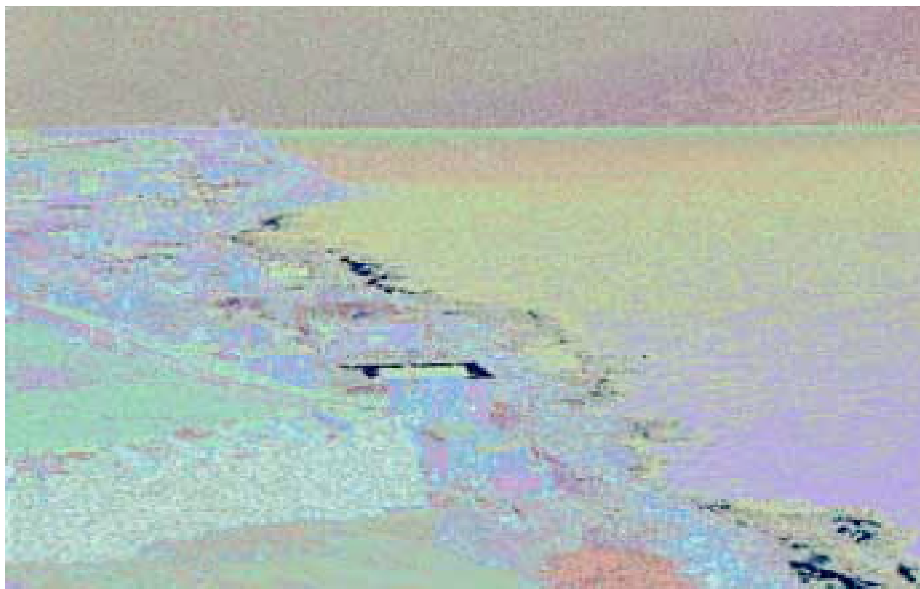
Sevilla sería su destino siguiente y quizá la ciudad en la que vivió más tiempo. En la Puerta del Carbón de su catedral residían sus factores, Juan Caboto y Amerigo Vespucci. En los Reales Alcázares fue recibido por los Reyes después de su segundo viaje, y en los distintos organismos creados en aquella capital se vio obligado a realizar cientos de gestiones. De aquí viaja a Córdoba, en donde espera en vano ser recibido por los monarcas, y en esta capital conoce a Beatriz Enríquez de Arana, con quien tuvo a su hijo Hernando. Y de aquí viaja por tierras andaluzas a Jaén y Málaga.

Si en la primera expedición salió de Palos, en la segunda partió del arenal sevillano, en la tercera de Sanlúcar de Barrameda y en la cuarta de Cádiz. Y siempre arrumbaba a las Canarias; divisando primero Lanzarote y por último El Hierro, motivo por el que el meridiano de esta isla es tantas veces punto de referencia en sus viajes ultramarinos. En La Gomera tuvo un amorío galante con Beatriz de Bobadilla. En Granada pasa Colón varias temporadas, antes y después del Descubrimiento, haciendo antesala o firmando en Santa Fe las Capitulaciones. En Alcalá de Henares se entrevis-

ta por primera vez con los soberanos. A Barcelona acudió a dar noticia a los Reyes Católicos de su primer viaje. De Toledo, Cantabria, Soria o Burgos tenemos varias noticias de sus visitas; y en la universidad de Salamanca hubo de pasar el mal trago de someterse a la junta de sabios que desestimó su proyecto. Como ferviente devoto de la Virgen de Guadalupe, visita varias veces su santuario, y una fonda vallisoletana es la antesala en la que espera a que llegue su viaje, con destino a la Eternidad, el 20 de mayo de 1506.

La huella de Colón en las Indias se confunde con los primeros pasos de la historia americana, y se esparce por todas las tierras que descubrió, desde que el 12 de octubre de 1492 llegase a San Salvador. Las cuatro Antillas Mayores, Cuba, Haití, Jamaica y Puerto Rico, formaron parte del Cipango que él soñara descubrir; y Antigua, Guadalupe, Dominica, Martinica, Barbados, Trinidad, San Vicente o Margarita son algunos de los nombres con los que bautizó a otras de menor dimensión, pero no carentes de importancia. Siendo sin duda La Española o Haití la que no sólo disputa ser la tierra que aloja sus restos, sino que tantas alegrías como amarguras le deparó a él y a sus sucesores.





Castillo de El Morro (Cuba).

Sus casas que no fueron suyas

Al ser dudoso su origen, es difícil conocer la casa en la que vino al mundo el Almirante, si bien en Génova existe una conocida como *di Colombo*. Otro tanto ocurre con el lugar de su fallecimiento. No se sabe con certeza el lugar en el que residía Colón en Valladolid, si bien se ha seguido el rastro de varios indicios. En las inmediaciones de la iglesia de la Magdalena existió una casa que, en el siglo XVIII, pertenecía a una familia de apellido Colón, y por esta razón se identificó como la que podía haber sido su residencia. Sin embargo, una vez derribada, en 1968 el Ayuntamiento decidió levantar otro edificio, que actualmente es sede del Museo-Casa de Colón. No obstante, se tienen fuertes indicios de que debió expirar en la hospedería del Monasterio de San Francisco, en cuya iglesia fue enterrado.

En Las Palmas de Gran Canaria existe la Casa-Museo de Colón, uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad, antigua Casa del Gobernador, que el descubridor visitó en 1492, durante su primer viaje, con el propósito de solicitar ayuda para el arreglo de la *Pinta*. Erigida en el histórico barrio de Vegueta, su destino se ha centrado en investigar y difundir la historia de Canarias y sus relaciones con América. Otra ciudad canaria, San Sebastián de la Gomera, alberga también una Casa-Museo de Colón en el inmueble en que el Almirante pernoctó en la isla. Entre 1510 y 1514 su hijo Diego

erigió en la ciudad de Santo Domingo el Alcázar, conocido en aquella ciudad como de los Colones, que junto con la tumba son los dos testimonios más relevantes del Descubridor y su familia en tierras americanas.

Un gran hurto y algunas recompensas

Colón murió ignorante de lo que había descubierto, y la Historia le hurtó su nombre al nuevo continente, cuyo hallazgo trasmutó el camino por el que transitaba la Humanidad. Dos años después de la muerte del Almirante, Martín Waldseemüller dibujó un mapamundi con los países recién descubiertos separados de Asia, inscribiendo en el gran continente del Sur, por primera vez, el nombre de América en honor de Amerigo Vespucci. Hábil propagandista, Vespucci relató los viajes en que había participado con españoles y portugueses, sin mencionar a los jefes de los mismos —entre otros el propio Colón—, lo que hizo pensar que era él quien los había dirigido. Por otra parte, fuera de España no se conocían los viajes del Almirante al golfo de Paria, lo que indujo a pensar que el gran navegante sólo había descubierto algunas islas. Simón Bolívar, en alguna medida, quiso hacer justicia y bautizó con el nombre de Colombia a la nueva república americana, a cuyas costas, figura de proa de un vasto continente, se allegó Cristóbal Colón en 1502.

La geografía americana no ha sido muy pródiga con el patronímico de Colón. Tenemos con este nombre una provincia y ciudad en Panamá, segunda en importancia de aquella república y entrada atlántica del canal interoceánico; y ciudades en Argentina, Cuba, El Salvador, México, Honduras, Uruguay y Venezuela. Puede decirse que en muchas ciudades del mundo existen plazas, calles y edificios que mantienen viva la memoria del Almirante, al haber sido bautizadas de una manera u otra con el nombre de Colón.

Los monumentos más importantes erigidos en honor de Cristóbal Colón



TEMAS GENERALES

proceden, en una gran mayoría, de la segunda mitad del siglo XIX, siendo muchos de ellos grandes obras artísticas. En 1870 la emperatriz Eugenia de Montijo regaló la estatua que hoy se erige en la ciudad panameña de Colón, que primeramente se había colocado en la estación del ferrocarril que unía los dos océanos; el de Valparaíso se inauguró en 1877; el monumento erigido frente al puerto de Barcelona data de 1887; en Génova se le recordó con otro al celebrarse en 1892 el IV Centenario del Descubrimiento; y un año después se levantaron los de Venecia, Pavía y el existente en la plaza que lleva su nombre en Madrid, erigiéndose en 1894 el de la capital mexicana, tan polémico como el de Caracas, que se construyó dos años antes. En 1901 se colocó en Valladolid el magnífico monumento ubicado en el Campo Grande, que había sido concebido para erigirse en La Habana, lo que no se llevó a cabo como consecuencia de la independencia cubana. En el centro de los sevillanos Jardines de Murillo se instaló uno en 1921, coronado por un gran león, apareciendo un simple rosetón casi invisible a los pies con la efigie del Almirante, lo que ha movido a que la población hispalense se pregunte: «¿y dónde está Colón?», a la par que responda con la chunga de



República Dominicana.

aquella tierra, «A Colón se lo comió el león». Dedicado a la Fe Descubridora, en 1929 se inauguró una impresionante escultura de 37 metros de altura en Huelva.

Y también en madera

Las carabelas forman parte de la figura de Colón. Son como una epidermis de madera que cubre el todo corpóreo que imaginamos del Almirante. Hablar de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María* es hacerlo del 12 de octubre de 1492 y del navegante que las condujo hasta el Nuevo Continente.

El 3 de agosto, media hora antes del alba, Colón dio orden de zarpar. Las tres naves, una nao y dos carabelas, impulsadas por la brisa matutina, tendieron las velas mientras que en la costa un gentío las contemplaba hasta perderse en el horizonte. La *Pinta* y la *Niña* pertenecían a un grupo de gente de Palos, y la *Santa María*, así rebautizada después de conocerse como *La Gallega* o *La Mari-galante*, era propiedad del santanderino Juan de la Cosa. Hoy existen miles de modelos a escala reducida, repartidos en cientos de museos y casas particulares, producto de la mano de expertos modelistas navales o simples aficionados.

Las principales reconstrucciones que han sido llevadas a cabo a tamaño real son: la *Santa María* de la Comisión Española de 1892, presidida por Cesáreo Fernández Duro, en la que trabajó también Rafael Monleón, realizada con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América y que, el capitán de fragata Víctor Concas condujo hasta el Nuevo Continente; la *Santa María* de Julio Guillén, construida en 1929 con motivo de la Exposición Iberoamericana; y otra posterior de 1950, conservada durante muchos



TEMAS GENERALES

años frente a las Atarazanas barcelonesas; la nao *Santa María* de José María Martínez Hidalgo, realizada en 1964 con motivo de la Feria Mundial de Nueva York; la carabela *Niña* de Etayo, con la que el navegante navarro repetiría en 1962 la derrota del primer viaje de Colón; y las naves del V Centenario, proyecto emprendido en 1983 por la Comisión del V Centenario en colaboración con la Armada española, dirigida nuevamente por Martínez Hidalgo, que repitieron el viaje descubridor en el año del quinientos aniversario. En la actualidad una fragata de la Armada española, de la serie *F-80*, ostenta el nombre de la que fuera nao capitana en la gesta descubridora.

No ha tenido el mismo honor quien fuera su Almirante, ya que el nombre de Cristóbal Colón no aparece en ningún buque de nuestra Marina de guerra, desde que se perdiese en aguas de Cuba el crucero acorazado *Cristóbal Colón*, y siguiese la misma suerte el vapor *Colón*, hundido intencionadamente para obstruir la entrada a San Juan de Puerto Rico: ambos en el transcurso de la Guerra Hispanoamericana de 1898. La Compañía Trasatlántica Española, en 1927, bautizó a la perla de su flota mercante con este nombre, teniendo también un trágico final al embarrancar el 25 de octubre de 1936 frente a la costa de las Bermudas, cerca de donde don Cristóbal puso por primera vez su huella en tierras americanas.

